

Permaneció un momento silencioso y pensativo sin que se notara alteracion alguna en su semblante que de pronto pareció iluminado como por un rayo de luz.

—Vale mas así—dijo en voz alta como contestando á su propio pensamiento, y sonrió de una manera extraña.

LX.

Manos á la obra.

Era de noche y el viejo avaro se hallaba completamente solo en su habitacion. Simona le habia manifestado que se marchaba, y él ni siquiera trató de detenerla, contento por la nueva economía que le deparaba la suerte. Una vez sin criada ahorraba el salario que le daba, y aunque corto y mezquino este, D. Alejandro se decia que era mejor no gastarle. Recordaba haber leído en alguna parte ó haber oido contar que los sabios eran de opinion que solo el hombre que no necesitara servirse de nadie podia ser verdaderamente feliz, y se hacia la ilusion de que iba á realizar tan bello ideal.

Comenzó á convencerse de la exactitud de esa máxima filosófica arreglando su cama y picándose los dedos con los alfileres que sujetaban la sábana inferior al colchon. Le agradaba

que estuviera esa sábana muy restirada y sin ninguna arruga, porque, decia, era tan delicado de carnes que el menor doblez en el lienzo le hacia un verdugon en el cuerpo. Por bien empleados habria dado, sin embargo, los piquetes, si la cama hubiera quedado á su gusto; pero desgraciadamente para él, despues de que habia prendido la sábana por un lado, al tirar de ella por el opuesto para que desaparecieran las arrugas, la atraía hácia sí con todo y alfileres.

A pesar de ser tan viejo y estar excesivamente delgado, sudaba á mares haciendo aquella operacion á la que no estaba habituado, y acabó por ceder al cansancio que le producía tan singular y dificultosa maniobra, dejando en su cama mas arrugas que las infinitas que cruzaban en todas direcciones su semblante.

Despues de haber descansado un momento, procedió á los demas preparativos nocturnos que acostumbran hacer las camareras, y mas fatigado que ántes y con el estómago indispuerto, se dejó caer á plomo en una silla murmurando entre dientes:

—Todos los sabios habidos y por haber no pasan de unos reverendos animales.

Y pensó que la primera diligencia que tenia que hacer al dia siguiente era buscar á una muchacha que supliera dignamente á Simona. Trabajo le costó convencerse á sí mismo de que semejante pensamiento era bueno, porque la idea del ahorro del salario habia echado ya profundas raíces en su cerebro; pero habia una cosa, única que D. Alejandro queria mas que al dinero, la vida, y por los efectos de su ensayo de camarista comprendió que á vuelta de unos dias de ejercer tan aperreado oficio tendria que ir á confeccionar su cama á la eternidad.

Pasado un largo rato que necesitó para reponerse del can-

sancio, sacó de su bolsillo un rosario de cuentas negras de madera con el cordon sucio y grasiento y comenzó á pasar una tras otra las cuentas á medida que rezaba maquinalmente, como la generalidad de las gentes devotas, aves marías y padres nuestros. Algun autor aficionado á los equívocos, habria dicho al verle, que su aficion á contar era tan grande que por contar algo contaba las cuentas de su rosario.

Así que concluyó sus oraciones, que despues de la letanía y del ofrecimiento fueron gran número de credos, salves y padres nuestros, unos para la hora de la muerte, otros contra la peste y los ladrones y así los demas, D. Alejandro se levantó de su asiento y andando de puntillas como si temiera que alguno le observara, se dirigió á su cama, tomó la manta que la cubria y la colocó á guisa de tapete sobre la mesa de madera blanca de que se servía; precaucion que tomaba siempre que se daba el gusto de acariciar su tesoro, para que no se oyera el menor ruido indiscreto.

Aseguróse despues de que todas las puertas estaban bien cerradas, siempre caminando de puntillas y volviendo el rostro á todos lados, y fué, por último, á sacar del escondite que ya conocen nuestros lectores, el saco de cuero que contenia sus adoradas peluconas. Al tocar el talego respiró con satisfaccion y como si se libertara de un enorme peso; no podria haberse acostumbrado á la idea de que algun dia le fuese arrebatoado aquel tesoro que llevaba tantos años de aumentar poco á poco, pero cada vez que le hallaba en donde le habia dejado y que se aseguraba de que le poseía respiraba con delicia y le estrechaba convulsivamente contra su corazon.

No poco trabajo le costaba al viejo ruin llevar el saco del lugar donde le tenia escondido á la mesa; pero como la dificultad de trasladarle indicaba lo repleto que estaba, D. Alejandro sacaba fuerzas de flaqueza, como vulgarmente se dice,

y aunque paso á paso, sosteniéndole con sus dos manos y apoyándole fuertemente contra su cuerpo, conducía en triunfo su tesoro, con los ojos chispeantes de satisfaccion y de codicia, hasta el lugar donde acostumbraba contemplarle y acariciarle mas cariñosamente que lo que un colegial enamorado y entusiasta pudiera hacerlo con el objeto de su primer amor, á tenerle á mano.

Una vez llegado con su adorada carga á la mesa, desató con esquisito tiento la correa que cerraba el saco y con no menos delicadeza comenzó á sacar onzas de oro una por una y á apilarlas, formándolas en dos grandes hileras que atravesaban la mesa.

Así que concluyó de sacarlas del talego examinó todos los montones para ver si estaban completamente iguales, y notando una pequeña diferencia de altura entre algunos de ellos los contó de nuevo y examinó las onzas por el cordón para inquirir cuál era mas gruesa ó mas delgada; á pesar de repetir aquella operacion todas las noches y estar convencido de la exactitud del peso de sus monedas, D. Alejandro tomó unas pequeñas balanzas y pesó en ellas las onzas que le parecieron mas gruesas esperando que tendrian mayor cantidad de oro y suspirando con desconsuelo al ver que pesaban ni mas ni menos que las otras que creía mas delgadas.

Dibujó sobre la manta color de café oscuro que cubria la mesa multitud de figuras con sus montones de onzas; cuadros, triángulos, estrellas, cruces y flores; las convirtió en soldados y las formó en cuadro, en pelotones, en batalla, en columna de honor, en compañías y en mitades; parecia haber vuelto á la primera edad; si veía alguna de las onzas manchada ó sin brillo la limpiaba primero con la manta, y si no recobraba su lustre la apartaba para lavarla junta con las que se hallaran en el mismo caso.

D. Alejandro parecia completamente olvidado del mundo, embebido en aquella ocupacion que tanto le agradaba. Acababa de destacar en guerrilla de avanzada algunas pilas figurando que iban á hacer un reconocimiento, porque jugaba á la sazón á la guerra y figuraba que el enemigo aparecia por la derecha, cuando un ruido extraño le hizo estremecer y levantar la cabeza no sin cubrir con los brazos y la parte superior del cuerpo su ejército como para librarlo de una derrota.

El ruido que habia escuchado no era una ilusion de sus sentidos; la puerta de comunicacion con el cuarto contiguo estaba abierta, y un hombre, en quien el miedo no le permitió reconocer de pronto á su vecino el jesuita, se hallaba en su propia habitacion.

Entónces fué cuando lanzó aquellos gritos que alarmaron con tanta razon al tío Antonio y á la amartelada pareja de enfrente.

El Cura se abalanzó sobre él como un tigre sobre su presa; le echó una mano á la nuca y le hizo inclinar el rostro hácia la mesa; debia oprimirle fuertemente, porque D. Alejandro no hacia movimiento alguno ni chistaba una sola palabra; el bandido le pasó por el cuello con la mano que le quedaba libre, el pañuelo de cuadros de que le vimos proveerse hace un rato y tiró con violencia de las dos puntas tratando de sofocar á su víctima; el avaro hizo un esfuerzo supremo y se enderezó; trató de gritar, pero la voz se heló en su garganta; el cura le arrojó al suelo y allí acabó de ahogarle poniéndole la rodilla sobre sus espaldas y tirando siempre con fuerza de las dos puntas del pañuelo que rodeaba su cuello.